

ALBA ATROZ
EL DÍA EN CAÍDA

Yeni Zulena Millán



Alba atroz
El día en caída

COLECCIÓN PRIMIGENIA

Yeni Zulena Millán Velásquez



ALBA ATROZ EL DÍA EN CAÍDA

Yeni Zulena Millán Velásquez ©

Fotos: Yeni Zulena Millán Velásquez

Editor: Andrés Pascuas Cano

Cuidado de textos: Susana Márquez

Diseño y maquetación: Nueve Editores

Primera edición digital, abril 2020

www.nueveeditores.com

Licencia escogida

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la titular del *copyright*.

*Para Raúl Zurita,
por volverme a poner entre los hombres*

Alba atroz

1989

Tengo las uñas raídas

una pasiflora con alambre de púas

nada hecho aún

la cocina

una palomera para domesticarnos en el uso del fuego

de pronto un relámpago invisible

un habitante subterráneo

emerge de la radio con sílabas metálicas

«¡Mataron a Galán!»

dos cosas a mi alcance sucedieron

la segunda antes que la primera

la hora indescifrable entró en la griseidad

y mi hermana lloró

lloró

lloró

yo permanecí sumergida

en la isla de los presentimientos

mirando la radio con odio genuino

sin llegar a entender

lo que podía esperar

Solía ir a la escuela
ponerme de pie cuando una dignidad mayor
entraba al salón y saludarle
“Joe es un gran chico”, decían
“perfecto ciudadano del futuro”
solía mirar de lejos y con recelo
a quienes se manchaban los dedos
¿cómo justificarían su existencia?
solía comprar flores para los enfermos
cuyas familias se habían quedado sin paciencia
todo se sentía cálido de pronto
como tomar el último dulce
de la bandeja de la autosatisfacción
“¡Hey, Joe!”, dijo entonces un hombre
sentado de espaldas
el último día que recuerdo
“¡Hey, Joe!”, lo repitió
añadiendo: “¡Solo! así estás ¡Solo!
un vulgar conejito pretencioso
que no puede evitar inclinarse
al escuchar una moneda”.
“¡Hey, Joe...!”, qué exasperante era su canción

hasta que pude sofocarla
entenderla vendría luego
de eso se trataba
rodar por la avenida saboreando el sudor
y esquivando los aros de nicotina de los autos
fundido como presa a su verdadera libertad
atravesado por una sonrisa de fugitivo
¡Hey, Joe!



Essex

En algún punto de este centro
alguien agita una mano
igual que una ida puede ser una llegada
lo importante es no perder esa mano de vista
tal vez se apoye en un rostro
tal vez se tacte el sudor al trasponer un muro
la sangre no la deja
se esfuerza en seguir la rutina
aunque encuentre borrosa la letra
la mano se pregunta por los árboles mágicos
que crecían del lado norte de la aldea
Con brusquedad
otra mano la empuja
allí donde solía frotarse
el precioso aceite de benjuí
una vez por semana
el frío es un pastor silencioso
de cuando en cuando
silba una canción de suaves playas
la mano se despierta arduamente del sueño

solo para contar
decenas de grullas encalladas
la mano casi nube casi piedra
insiste en reencontrarse con su hermana...
aunque en los titulares no lo nombren
pienso que fue la muerte
quien consiguió abrazarlas

La mujer duerme con un gato bajo su cama
no se trata de una falsa modestia
ella duerme realmente
él es un gato que maúlla
se frota
y anota pájaros cada mañana
ambos prolongan la respiración de la casa
él mantiene su promesa de vigilar el patio
de limpiar los rincones de colonos y
cucarachas
ella le permite jugar con las cortinas
saltar por los armarios
y hurgar entre las cajas
mordisquear alguno que otro sobre
de la pila junto a la entrada
no es obligatorio quejarse
ni siquiera mirarse
cada quien sabe punto por punto
la santidad de su oficio
así se pasan quince años
quince años en que las palabras
teléfono, luz y agua se apagan

y los vecinos murmuran
acerca de qué mal luce
la telaraña de la entrada
la puerta que se oxida
o por qué ninguno vio
el camión de la mudanza
quince años
como los que se celebran
con columpios y rosas y edecanes
en las terrazas de las casas
así
tras quince años
alguno en la estación atiende la llamada
e Isabel
y los huesecitos del gato bajo su cama
siguen durmiendo aunque la puerta se abra
y los policías pisoteen los sobres y recibos
que acababan de sumarse a la pila de la entrada



El alba atroz llegó repartiendo
sus credenciales de ceniza
una fiesta a la que todos
estaban invitados

la etiqueta pedía vestirse en llamas
y dejar los zapatos
donde no pudiera hallarlos
la justicia o el sepulturero

Noviembre se instaló
como un diciembre adelantado
con volantinas pirotécnicas
y palacios que florecían
bajo el rocío de los cañonazos
Tal fue la felicidad

¡Tal!

que no hubo quien se acordara
de decir
que eran las seis
en la radio

Entrospectiva

El océano no recuerda
cuándo comenzó a llamarse cielo
El cielo no recuerda
cuándo comenzó a llamarse féretro
El albatros no recuerda
haber soñado un hombre
mientras limpiaba tiernamente sus plumas
El hombre no recuerda
haberse despertado
y salir de la celda convertido en albatros
La plaza no recuerda
haber tenido dientes que cruzarán con miedo
a la acera de en frente
Los dientes no recuerdan
de qué boca bajaron cuando terminó el viaje
al otro lado de la calle
La nana no recuerda
que fuera el mismo chico que no cerró la puerta
para no despedirse
El chico no recuerda
si borró bien el rastro para que no derriben
la puerta de su nana

El blanco es el color más abundante
ni contando cada grano de arena
podríamos acertar
una cifra de su suma
ignoro de dónde lo traen
si lo importan
o lo fabrican en un laboratorio

 podría ser que aquel intento de oveja
 fuera el principio
 de esta blancura desordenada

No le odio
me asusta
me impide el paso
me inutiliza
se prende a todo
como una trampa hecha
a la medida de todas las gargantas
 se queda allí
 alelado
 un infante siniestro
 reclama que lo tomen en brazos
 y exhiban su pulcritud
 y su inocencia

¡Qué horror!
hasta las pesadillas se visten
de visita hospitalaria
para venir a desvelarme

Desierto
me declaro desierto
los esqueletos (¡blancos!)
cuchichean desnudos

recuerdo haber tenido manos
antes de esta blancura sebácea

me escuecen

las agito

las sudo

las desangro

en mi palma

la última brújula

en blanco

Karoshi

Hace unas semanas

Akira

rodaba felizmente en su bicicleta

felizmente desconocido

tras su kepis y su maleta roja

haciendo los repartos

un héroe anónimo cumpliendo su parte

en la cruzada del hambre

“¡Una llamada!”

“¡La llamada!”

exclamó contagiada por la buena fortuna

su casera

sonriente le hizo pasar

más sonriente

siguió cada gesto

con que Akira subía al escalón

a su anhelada vida

a la torre de cristales relucientes

donde hasta el último de los sifones olía

a flores recién cortadas para el templo

Su primera vez en aquel ascensor
causó en su corazón un relámpago pequeño
una mínima muerte que debía aplaudirse
su oficina... todo tan impecable
que de solo mirarlo
la propia pulcritud se estremecía
Día a día los nombres
fueron acumulándose en la mente de Akira
los de las carpetas
los de los deberes
los de los supervisores
los de las compañías
eran tantos y tan largos
que cada vez debía olvidar con mayor rapidez
los nombres y las caras conocidas
el desayuno, la cena, la casera
el domingo
el cumpleaños de su madre
la cita con Hakuya
el sueño, las pastillas
Con tanto ahínco realizó su trabajo
que al cabo de un mes

su rostro reemplazó
la primera hora del día
Y llegaron más nombres
más deberes
más carpetas
y Akira sonreía
honrado y satisfecho de sí mismo
así casi un año
hasta que el primer lunes de primavera
la casera no escuchó su paso apresurado
y al subir
uno, dos, tres escalones
lo encontró en su mejor traje
tendido boca abajo
con la mano derecha casi carne
sonriendo tal vez
tal vez
de ser Akira



Evy bird

No es cineraria la ocasión
en que se comprende
que la vida con sus cafeteras
y el resto del estipendio soñado
por General Electric
para hacer un hogar comfortable
y de la señorita moderna
la más adorable compañía
resulta desde todo aviso
una jaula demasiado pequeña
para un ave irrompible
más dura que el diamante
más transaccionado
en el edificio del imperio
mucho menos de un minuto
diría Galileo
tarda en caer
la corteza entibiada
de sus plumas
170
para que la doncella de Poe

se convierta en poética
un ladrido
en el lejano bosque del comercio
para que Evy se resuma
como un animal no terrestre
y endose la postal de un paraíso
sobre el techo esmaltado
de su cuna

Mi dedo se oculta a las 4:00 de la tarde
se va discretamente
sin esperar las gracias
por respeto a los ciegos
disimula su oficio
de blanquear estos sótanos
y encubrir estas brasas

Mi dedo nada sabe
de huérfanos de vidrio
de tierras que se mueven
ni de botas cambiadas

él solo nace atento
a su nombre en la lista
mi dedo solo borra
lo que otros le señalan



El día en caída

Antes del verbo

Antes del verbo
un continente de alas,
una armadura traslúcida,
un pleamar de armonías.

Antes del verbo
el blanco en luz insistente,
el alma ilesa en su fuente,
el hombre a salvo en su duda.

Antes del verbo
intacto el ritmo, el momento,
elemental pensamiento
que en vida llaman
poema.

La tierra al sol.

Un estremecimiento que da vida a la vida.

Un armamento enorme
de quietud o vehemencia.

Un ser sin distracciones,
contándose a sí mismo.

Cuantas veces se replique el universo
el tacto será tacto.

Antes de pensarme
corría por valles ocultos,
el brillo de las lajas
conducía mi hambre
a universos sonoros;
mi fantasma era húmedo
en todos los veranos,
extrayendo el hirviente
espacio entre las savias.

Antes. Después. Inicio.
Un lacónico cuerpo.
Respirar. Refrenarse.
Soñarse en un olvido.

(qué profano hacedor
cercenaría en un rostro
el pensamiento)

A lo lejos la tierra de los acorazados.
Ignorada de túmulos, desierta de justificaciones.
Se han elevado mis pies sin encontrar su apoyo.
Mi corazón no acusa su emoción repentina.

Cuántas veces la luna, y la barca, y la ausencia sobre sí
mismas.

Del cielo desprendido habitantes,
igual que sueños pasajeros.

Pasa su amanecer
y me deja tendida de imposibles.

Igual que fui una isla
pude ser un cayado,
de la mano de un hombre
que al morir sonreía;
o un potro que rompía
el réquiem de un redoble;
o una mujer ondeando
su avión sobre el Atlántico.
No me fue dado el peso
de elegir mi alegría.
Acaso ya es la dicha
ser a la luz del mundo.

Mi casa era de éter.

Su larga rogativa de ventanas discretas.

El río de sus ópalos confundidos en flor.

Sus susurros de arcilla. Su tristeza de musgo.

Este cuadrado trágico

que se anudó en los años.

Este espesor de tierra

que de uno hizo muchos.

Se disuelve en mis huesos

su paz de viento firme.

Y volvemos... volvemos...

pero nadie regresa.

La poesía es un animal de sacrificio.

Tiembla, en cada litro de fiebre entre sus venas.

Es el signo adorable del cuchillo
antes de apaciguar su agitación.

El poeta es un criminal.

Retrotrayendo fuerzas
sin furor, en cenizas.



El padre inaccesible inventó las estatuas,
ingentes centinelas para su amor de niño.

No había donde ocultarse.

Las transparentes torres
incendiaban sus nidos
de pájaros nocturnos.

Gregorio no temía, “se acabaría su tiempo”,
pero Franz repetía: “Lo humano es fuego fatuo”.

Gregorio y Franz durmieron sin escuchar consejos.

Agotados del juego correcto de su Padre
escaparon al sueño.

Durmieron, momentáneos, al borde del inicio,
hasta saltar la vida
sobre cuerdas gemelas.

Cautivas II

Escrito en el lomo de la serpiente

Me preguntan si soy la palabra deseo. Doy
la vuelta; lamo mi lomo, mis alas coleópteras
de creatura desentendida.

Ajusto la bandana sobre mis ojos:

Soy

la palabra M

la bandera roja

el magma que sustenta las medusas.

El ocupante

En la otra orilla. En su terror pacífico.
Doblo mis piernas para huir de sus ondas.
Era necesario soñar...
convocar la pesadilla.
Monstruo aéreo, comedor de peñascos.
Su metal escamado
repercute en mis ojos;
hace de oscuridad la oscuridad.

Dime, Ocupante, ¿a dónde vuelves
en cuanto el sol deshace las cortinas?

Mi pequeño extravió
que encontraste los caminos cortos
a los bosques rectos,
sin saber que seguías
mi hilo de araña
al fin de lo posible.
Mi niño extremoduro.

Te das vuelta y no sabes
si sobrevivo al asalto de la noche;
si la tromba espectral de los segundos
cabalga de su piélagos a mi oído;
si la sangre dimite de su giro
y congela el corazón de golpe;
si la sábana de frío seducida
extrae de mi voz la vital fuerza;
si los ojos que no viste cerrarse
abrirán la mañana con tu grito...
Tú en paz. Yo en vela.



Nana para una muerte esperada

Arrurú, cariño

Arrurú, temor

guarda mi puñal entre tu corazón.

Arrurú, ternura

Arrurú, dolor

¿No es dulce la sangre cuando sabe a amor?

Arrurú, pequeña

Arrurú, pavor

si no duermes pronto se pondrá peor.

Arrurú, preciosa

Arrurú, horror

la bonita niña muy quieta quedó.

Galletas de la fortuna

Ser joven, ser adulto, ser viejo.

Suficientes ensayos
para la infancia
de la muerte.

Gracias
a tus nanas sollozadas
no fuimos niñas
ante un plato vacío

Días hay
en que una mano
no es una mano
es una cortina de hierro
que viene a despertarnos

Algunos otros días

La carretera es el círculo social de los vencidos

O

Cada hombre busca el monte del que él es el sacrificio

O

A las 8:00 a.m. inician los cementerios verticales

O

Entre la Y y la O hay un lugar siniestro

O

Nadie se cura completamente de otras vidas

O

La piedra es un pájaro de velocidad 0

O

Después del amor: retratos mudos, con fondos de silencio

O

Ser poeta, enlistarse en el frente de los alucinadores.





Yeni Zulena Millán Velásquez

Circasia, Quindío (1984)

Licenciada en Español y Literatura de la Universidad del Quindío. Cursó estudios de maestría en Literatura en la Universidad Tecnológica de Pereira. Poeta, ensayista, narradora y docente universitaria.

Textos narrativos, críticos y poéticos de su autoría, han sido incluidos en la revista literaria *Polilla* (2010, 2011 y 2014); en el libro *Marginalia III, Relecturas del Cánón Literario*; en los diarios *La Crónica* del Quindío (2013, 2014 y 2017) y *El Diario del Otún* (2014); en las revistas *Santo & Señá* (2014), *Cazamoscas* (2015), *Ítaca* (2016) y *Palabra Realizada* (2016); en el blog del semillero “Senderos” de la Universidad de Caldas, Foro Literatura como Transacción (2014); en *Revista Coronica* blog (2017); en *Caféina*, Muestra de Poesía del Gran Caldas (2014), y en *Asedios Verbales. Panorama del cuento joven colombiano* (2017). Fue coautora en el proyecto de edición crítica *Carmelina Soto. Poesía reunida* (2016) y en la antología poética *Témpora. Jóvenes poetas del Quindío* (2017). Publicó su primera novela *Corredor Vacío* (2018) con Fallidos Editores y hace parte de la compilación de cuentos *Virginia & Co* (2019) publicada por Lugar Común. Su poema “Yo provengo” fue seleccionado para hacer parte de la antología mundial *100 Mujeres Poetas*, publicada por Nueve Editores (2020).

www.nueveeditores.com



Este libro se terminó de crear en
abril del año 2020.

El cuerpo de texto está compuesto en la fuente
Adobe Caslon Pro 12 puntos.

ALBA ATROZ
EL DÍA EN CAÍDA

Yeni Zulena Millán

